



Jesús González Requena
Universidad Complutense de Madrid

@jesugonz@ucm.es ID 0000-0002-5937-1100

■ Recibido / Received
11 de noviembre de 2023

■ Aceptado / Accepted
15 de diciembre de 2023

■ Páginas / Pages
De la 23 a la 38

■ ISSN: 1885-365X

El origen de la belleza: la imago primordial

The origin of beauty: the primordial imago

RESUMEN:

La belleza requiere de la buena forma, pero la buena forma no basta para definir la belleza. Rendir cuentas de lo que le falta es el motivo de este trabajo. Para ello se revisa la teoría freudiana del origen del yo, proponiendo la noción de imago primordial como su configuración inicial, propia de la fase del narcisismo primario y anterior a la aparición de todo objeto diferenciado, que solo conoce por eso —y aquí se introduce la teoría de la Gestalt— de la dialéctica de la figura y el fondo. Se sostiene, así, que la primera forma, la primera imago —constituida al modo de una sinestesia generalizada de la imago materna asociada a la vivencia de satisfacción originaria—, por constituir la primera experiencia de deseo, constituye, a su vez, el paradigma de la belleza. Y del prestigio del círculo, que queda así explicado en términos psicoanalíticos.

PALABRAS CLAVE:

Belleza, imago primordial, Freud, psicoanálisis.

ABSTRACT:

Beauty requires good form, but good form is not enough to define beauty. Accounting for what is missing is the reason for this work. To this end, the Freudian theory of the origin of the self is reviewed, proposing the notion of primordial imago as its initial configuration, typical of the phase of primary narcissism and prior to the appearance of any differentiated object, which it only knows because of that —and here it is introduced Gestalt theory—the dialectic of figure and ground. It is thus maintained that the first form, the first imago —constituted in the manner of a generalized synesthesia of the maternal imago associated with the experience of original satisfaction—, by constituting the first experience of desire, constitutes, in turn, the paradigm of beauty. And the prestige of the circle, which is thus explained in psychoanalytic terms.

KEY WORDS:

Beauty, primordial imago, Freud, psychoanalysis.

1. Introducción

Es llamativo que la teoría de la Gestalt, cuyo concepto matriz es el de *buena forma*, no haya alumbrado una teoría de la belleza.

Diríase que latiera en ello la confesión implícita de que, siendo indudable que la belleza requiere de la buena forma, la buena forma no basta para definir la belleza.

¿Qué más hace falta? ¿Y si, por otra parte, eso más que hace falta fuera, precisamente, la condición de la actuación de la buena forma como estructura central de la percepción visual?

Ciertamente, la teoría de la Gestalt define con elegancia nuestra relación perceptiva con las imágenes. Pero no determina su origen. Y ello porque, de acuerdo con su presupuesto kantiano, los mecanismos que reconoce son concebidos como formas *a priori*. ¿Debemos considerar entonces a la buena forma como un *a priori* innato de la percepción humana? Es posible que lo sea, como lo es en nuestra especie la capacidad para el lenguaje. Pero sabemos que, para que esta capacidad se realice, es necesario que el sujeto sea interpelado a través del lenguaje por sus semejantes. Cabe preguntarse entonces si existirá algo parecido en el campo de la buena forma.

Por nuestra parte, pensamos que eso existe y que en ello reside el origen y el sentido de la buena forma y, antes que de esta, de la belleza misma. Pero, para poder argumentarlo, habremos de dar un considerable rodeo por la obra de Sigmund Freud.

2. Los límites del yo, el enamoramiento y la psicosis

En su prólogo a *El malestar en la cultura*, Freud tratando de hacerse cargo de la pregunta que le ha dirigido su amigo Romain Rolland sobre el *sentimiento oceánico*¹ —sobre si este debe ser considerado como el origen de la vivencia religiosa— se ve conducido a esbozar una teoría del origen del yo.

Comienza, para ello, tematizando la idea espontánea que el adulto normal tiene de su yo, a la luz de los aportes del saber psicoanalítico:

Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí-mismo, de nuestro yo propio. Este yo nos aparece autónomo, unitario, bien deslindado de todo lo otro. [...] esta apariencia es un engaño, [...] el yo más bien se continúa hacia adentro, sin frontera tajante, en un ser anímico inconciente que designamos «ello» y al que sirve, por así decir, como fachada: he ahí lo que nos ha enseñado [...] la investigación psicoanalítica [...] (Freud, 1986b, pp. 66-67).

Y, a continuación, pasa a ocuparse de los límites externos del yo. Es decir: del asunto del mundo real. «Pero hacia afuera, al menos, parece el yo afirmar unas fronteras claras y netas» (Freud, 1986b, p. 67).

Sin embargo, que esa idea convencional del yo está muy lejos de ser un dato natural, parte del equipaje biológico del ser humano, en suma, es algo que para Freud se hace evidente en la vivencia del enamoramiento:

Pero hacia afuera, al menos, parece el yo afirmar unas fronteras claras y netas. Solo no es así en un estado, extraordinario, por cierto, pero al que no puede tildarse de enfermizo.

1/ La pregunta se encuentra directamente ligada a la problemática religiosa: Romain Roland, célebre escritor por el que Freud sentía un especial respeto, le había objetado, a propósito de *El porvenir de una ilusión*, que, en su crítica de la religión, no se hubiera ocupado de lo que para él constituía la auténtica fuente íntima de la religiosidad: *el sentimiento oceánico*.

En la cima del enamoramiento amenazan desvanecerse los límites entre el yo y el objeto. Contrariando todos los testimonios de los sentidos, el enamorado asevera que yo y tú son uno, y está dispuesto a comportarse como si así fuera (Freud, 1986b, pp. 66-67).

El enamorado siente desvanecerse los límites que le separan de su objeto de amor, sintiéndose fundido, confundido con él. Es decir: totalmente identificado con, en, él. Y Freud no deja de subrayar lo que de delirante hay en este proceso, como lo acredita el hecho de que esa sensación *contraría los testimonios de los sentidos*.

Pero no se trata solo del enamoramiento. También en la patología psíquica encuentra un argumento que pone en cuestión la aparente eficiencia y solidez del yo.

La patología nos da a conocer gran número de estados en que el deslinde del yo respecto del mundo exterior se vuelve incierto, o en que los límites se trazan de manera efectivamente incorrecta; casos en que partes de nuestro cuerpo propio, y aun fragmentos de nuestra propia vida anímica —percepciones, pensamientos, sentimientos—, nos aparecen como ajenos y no pertenecientes al yo, y otros casos aún, en que se atribuye al mundo exterior lo que manifiestamente se ha generado dentro del yo y debiera ser reconocido por él. Por tanto, también el sentimiento yoico está expuesto a perturbaciones, y los límites del yo no son fijos (Freud, 1986b, pp. 66-67).

Conviene observar que es la patología psicótica —no la neurótica— la que ahora suscita Freud. Y, especialmente el mecanismo proyectivo, que ha sido la pieza fundamental de su abordaje de la paranoia (Freud, 1986h). Pues precisamente la proyección, al igual que el enamoramiento, pero por otra vía, confunde los contenidos que pertenecen al yo con aquellos otros que se encuentran en el mundo exterior.

Y, aunque no lo hace ahora, podría Freud haberse detenido aquí a señalar la relación más profunda que late entre esos dos mecanismos, el del enamoramiento y el de la proyección: pues si en el primero el yo se confunde con su objeto de amor, en el segundo el yo se confunde con el objeto de amor expulsado y trasmutado en objeto de odio. Lo que hace evidente el común fondo narcisista sobre el que ambos mecanismos operan.



3. El yo: instancia psíquica no innata

De ello se ve conducido a deducir que el yo no es un dato innato en el ser humano:

Una reflexión ulterior nos dice: Este sentimiento yoico del adulto no puede haber sido así desde el comienzo. Por fuerza habrá recorrido un desarrollo que, desde luego, no puede demostrarse, pero sí construirse con bastante probabilidad. El lactante no separa todavía su yo de un mundo exterior como fuente de las sensaciones que le afluyen. Aprende a hacerlo poco a poco, sobre la base de incitaciones diversas (Freud, 1986b, p. 67).

Es decir, en el origen, el bebé carece de yo, no posee esa imagen separada de sí mismo a través de la cual los adultos nos concebimos distintos y separados del resto de las cosas que nos rodean. El asunto, entonces, estriba en saber cómo aparece algo de esa índole.

Pero conviene anotar que la manera con la que Freud lexicaliza el asunto no termina de ser la idónea. Pues, al afirmar que *el lactante no separa todavía su yo —sein Ich— de un mundo exterior*, pareciera presuponer un yo que estaría pendiente de ser reconocido, lo que

nos conduciría a incurrir en lo que precisamente se está intentando descartar: la idea de un yo natural, preexistente y a la espera de ser descubierto. Parece, por eso, más conveniente afirmar que el lactante carece de un yo —de la instancia psíquica yo— que le permita diferenciarse de ese *mundo exterior*.

Prosigue Freud:

Tiene que causarle la más intensa impresión el hecho de que muchas de las fuentes de excitación en que más tarde discernirá a sus órganos corporales pueden enviarle sensaciones en todo momento, mientras que otras —y entre ellas la más anhelada: el pecho materno— se le sustraen temporariamente y solo consigue recuperarlas berreando en reclamo de asistencia. De este modo se contraponen por primera vez al yo un *objeto* como algo que se encuentra *afuera* y solo mediante una acción particular es esforzado a aparecer (Freud, 1986b, pp. 67-68).

El asunto es: ¿a quién *tiene que causarle la más intensa impresión* todo eso si no hay todavía un Yo que pueda acusar esa *intensa impresión*? Como diría Nietzsche, Freud choca aquí con la gramática, que tiende a imponer un yo en el comienzo de todo enunciado.²

Para evitarlo, convendría más bien hablar de un ser que padece de excitaciones, ora displacenteras, ora placenteras, sin tener medio de poder diferenciarlas.

Es sorprendente que Freud no introduzca aquí aquella máquina teórica que el mismo había construido y que le ayudaría a formular el asunto con mayor precisión. Nos referimos a esa pantalla, la de la percepción-conciencia, que, metaforizada en como una elemental vesícula de sustancia viva, padece excitaciones que proceden de todas partes, antes, precisamente, de que aparezca esa distinción crucial que venga a separar el dentro de fuera, el yo del no yo (Freud, 1986f).

El asunto del origen del yo obliga, en cualquier caso, a reconstruir ese estado inmediatamente anterior a aquel en el que comienza el sujeto a *contraponerse* a un «objeto» como algo que se encuentra «afuera». La complejidad de ese proceso, el de la aparición del objeto y del juicio de realidad, queda anotado en las comillas que acompañan tanto al *objeto* como al *afuera*.

4. El pecho materno y la vivencia de satisfacción primera

Es obligado prestar la debida atención a la importancia de esa fuente de excitación privilegiada, *la más anhelada: el pecho materno*.

Pues es aquí, sin duda, donde se ubica la experiencia primera del placer que Freud nombra como la *vivencia de satisfacción primera* y que, desde el origen mismo de su pensamiento, ya el *Proyecto de Psicología* (Freud, 1986g) constituye para su trabajo el dato factual mayor.

2/ «Lo que más fundamentalmente me separa de los metafísicos es esto: no les concedo que sea el yo el que piensa. Tomo más bien al mismo yo como una construcción del pensar, construcción del mismo tipo que “materia”, “cosa”, “sustancia”, “individuo”, “número”, por lo tanto solo como ficción reguladora gracias a la cual se introduce y se imagina una especie de constancia, y por tanto de “cognoscibilidad”, en un mundo del devenir. La creencia en la gramática, en el sujeto lingüístico, en el objeto, en los verbos, ha mantenido hasta ahora a los metafísicos bajo el yugo: yo enseño que es preciso renunciar a esta creencia» (Nietzsche, 1980, p. 526).

Habla allí Freud del *inicial desvalimiento del ser humano* (Freud, 1986g, p. 415) —concebido a partir de la metáfora de la vesícula— como una percepción-conciencia abrumada por masas caóticas de excitaciones procedentes tanto del interior como del exterior y sin capacidad de diferenciar las unas de las otras, como el contexto en el que tiene lugar «una *vivencia de satisfacción*, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo» (Freud, 1986g, p. 363).

5. El yo-placer originario, introyección de todo lo bueno

Es en relación con esa satisfacción primera como se conforma, sostiene Freud —y ya desde 1911, en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (Freud, 1986c)—, una primera forma del yo, el *yo-placer*, que solo conoce el principio de placer y que es bien diferente del *yo-realidad* que ha de configurarse más tarde, progresivamente, por vía del acatamiento del principio de realidad y de la consiguiente diferenciación con respecto a los objetos que esta contiene.

Así, como escribiré más, tarde —en *La negación*—: «El yo-placer originario quiere [...] introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo. Al comienzo son para él idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera» (Freud, 1986e, p. 254). Idea que retoma en el punto de *El Malestar en la cultura* en el que nos encontrábamos, pero dando un paso más: «Nace la tendencia a segregar del yo todo lo que pueda devenir fuente de [...] displacer, a arrojarlo hacia afuera, a formar un puro yo-placer, al que se contrapone un ahí-afuera ajeno, amenazador» (Freud, 1986b, p. 68).

Da el paso de hablar de un yo que nace de *la tendencia a formar un puro yo-placer*. Así pues, el primer yo sería entonces ese *yo-placer originario*, conformado por la *introyección de todo lo bueno*, y aquí debe entenderse *lo bueno*, sin más, como lo que da placer, en ausencia de toda referencia ética.



6. Fase oral, narcisismo primario: la primera identificación

De ese puro yo-placer originario Freud había dicho ya expresamente —en 1915— lo siguiente:

Una primera organización sexual pregenital es la oral o, si se prefiere, canibálica. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la incorporación del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante (Freud, 1976b, p. 180).³

Este *yo-placer* es pues el de a la fase *oral*, lo que es tanto como decir que es el propio de la fase del *narcisismo primario* (Freud, 1986d). A propósito de él, Freud habla de una *incorporación* del objeto que concibe como el *paradigma* de toda *identificación* posterior.

3/ Aunque la publicación inicial del libro tuvo lugar en 1905, la cita que presentamos corresponde a una nota añadida en la edición de 1915.

Se trata por ello, entonces, de lo que podríamos identificar como una *proto-identificación*. Ese sería el motivo por el que, para referirse a ella, Freud oscila entre los términos de *identificación*, *incorporación* e *introyección*. Por eso, de ser concebida como una identificación, sería necesariamente la primera, pues «al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación» (Freud, 1992, p. 31).⁴

7. La madre de la satisfacción primera. Imago/objeto

No hay duda, por otra parte, de cuál es ese *objeto*: el pecho materno que, como hemos anotado previamente, fue el motivo de la *vivencia de satisfacción* primera. Esta idea, presente ya en el *Proyecto de psicología* de 1895, será formulada de manera rotunda cuarenta y tres años más tarde, en *Esquema del psicoanálisis* (1938):

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno nutricio; el amor se engendra apuntalado en la necesidad de nutrición satisfecha. Por cierto que al comienzo el pecho no es distinguido del cuerpo propio, y cuando tiene que ser divorciado del cuerpo, trasladado hacia «*afuera*» por la frecuencia con que el niño lo echa de menos, toma consigo, como «*objeto*», una parte de la investidura libidinal originariamente narcisista. Este primer objeto se completa luego en la persona de la madre, quien no solo nutre, sino también cuida, y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras. En el cuidado del cuerpo, ella deviene la primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la significatividad única de la madre, que es incomparable y se fija inmutable para toda la vida, como el primero y más intenso objeto de amor, como arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor... en ambos sexos (Freud, 1976^a, p. 188).

Freud se refiere al *pecho materno* primero, y luego a *la persona de la madre* en su conjunto, como el *primer objeto erótico*. Pero el hecho de que, en un segundo momento, en esta misma cita, lo escriba entrecomillado debe hacernos entender que se trata de un *objeto* muy especial. Y ello es así porque, en un principio, lejos de diferenciarse del yo(-placer) del sujeto y de oponérsele, se confunde con él: ese *pecho materno* que es el *primer objeto no es distinguido del cuerpo propio*, sino que es confundido con el propio yo, como algo incorporado a él en su mismo núcleo, pues constituye la *imagen mnémica* de la *vivencia de satisfacción* que está en el origen del deseo.

Recordemos los términos en los que esa vivencia había sido definida en *La interpretación de los sueños*:

4/ Lo que obliga a descartar la afirmación de Freud, realizada en otro lugar, según la cual la primera identificación tendría por objeto al padre: «Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal» (Freud, 1992, p. 33). Pero no es menos cierto que, en otros lugares, no dudó de hablar de una identificación narcisista primaria —así es en *Duelo y melancolía* (Freud, 1986a)— que era necesariamente anterior. Como ya hemos señalado, su modo de actuación es la *incorporación*.



[...] por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la *vivencia de satisfacción* que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una *identidad perceptiva*⁵ o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad. El primer desear pudo haber consistido en investir alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción. Pero esta alucinación, cuando no podía ser mantenida hasta el agotamiento, hubo de resultar inapropiada para producir el cese de la necesidad y, por tanto, el placer ligado con la satisfacción (Freud, 1979, pp. 557-558).

Cuando se comenta esta conocida cita de Freud, no suele prestarse atención a la importancia que en ella desempeña una determinada *imagen*: la *imagen de la satisfacción*, que no puede ser otra que la de la constelación visual que acompaña a esta y que había identificado ya como la *imagen del pecho materno y su pezón*⁶. *Imagen* con la que, de esta forma, ha quedado ligada la pulsión del niño.



8. Una conclusión chocante

Volveremos enseguida sobre ello. Pero antes conviene anotar como termina la reflexión de Freud sobre el origen del yo en *El malestar en la cultura*.

En apretadas líneas, Freud traza una elegante síntesis del proceso por el que ese yo originario va siendo remodelado por una percepción más realista:

Es imposible que la experiencia deje de rectificar los límites de este primitivo yo-placer. Mucho de lo que no se querría resignar, porque dispensa placer, no es, empero, yo, sino objeto; y mucho de lo martirizador que se pretendería arrojar de sí demuestra ser no obstante inseparable del yo, en tanto es de origen interno. Así se aprende un procedimiento que, mediante una guía intencional de la actividad de los sentidos y una apropiada acción muscular, permite distinguir lo interno —lo perteneciente al

5/ Es decir, algo perceptivamente idéntico a la «vivencia de satisfacción».

6/ «Pongamos un ejemplo: la imagen mnémica deseada [por el niño] es la imagen del pecho materno y su pezón en visión frontal, y la primera percepción, una vista lateral de ese objeto sin el pezón. En el recuerdo del niño se encuentra una experiencia, hecha por azar al mamar: la de que con un determinado movimiento de cabeza la imagen frontal se muda en imagen lateral. La imagen lateral ahora vista lleva al movimiento [a la imagen-movimiento] de cabeza; un ensayo muestra que tiene que ser ejecutado su recíproco, y se gana la percepción de la visión frontal» (Freud, 1986g, p. 374).

yo— y lo externo —lo que proviene de un mundo exterior—. Con ello se da el primer paso para instaurar el principio de realidad, destinado a gobernar el desarrollo posterior (Freud, 1986b, pp. 67-68).

Tras afirmar que la diferenciación entre el yo y el no yo, el afuera, el mundo externo, es el comienzo de la instauración del principio de realidad, concluye Freud su argumentación con unas palabras que, en principio, resultan chocantes: «De tal modo, pues, el yo se desase del mundo exterior. Mejor dicho: originariamente el yo lo contiene todo; más tarde segrega de sí un mundo exterior» (Freud, 1986b, pp. 67-68).

Chocantes porque, si algo es un yo, es, precisamente, algo que no puede contenerlo todo. Siendo ello evidente, ¿qué sentido puede tener afirmar que *originariamente el yo lo contiene todo*? ¿Y a qué origen se hace referencia? ¿Al origen del individuo o al origen del yo? Porque no debemos confundir ambos orígenes, dado que ello supondría renunciar al punto de partida de la propia reflexión freudiana que nos ocupa y que consiste precisamente en afirmar que en el origen del individuo no había todavía un yo.

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, el contexto de la conversación con Romain Rolland. El *todo* al que hace referencia Freud es el todo del *sentimiento oceánico* por el que ha sido preguntado por el novelista. Es decir, el sentimiento de *ser-Uno con el Todo* (Freud, 1986b, p. 73). Esta expresión —ser-uno-con-el-todo— procede de un pensamiento religioso —de origen budista— en el que el *Todo* comparece como un conjunto armónico con el que el ser se funde una vez que el yo se ha disuelto en él. Se trata, en suma, de una totalidad armónica, de un *universo*. No de lo real en su caoticidad fundamental, que es lo que se deduce de la experiencia del *desvalimiento inicial*. Ese caos inicial, por cierto, que describen diversas mitologías y que el propio Freud ha reconocido a propósito de esa percepción-consciencia originaria, anegada por las excitaciones procedentes de todas direcciones.

Como hemos visto ya, es la *vivencia de satisfacción* lo único que permite poner freno al caos originario del absoluto desvalimiento inicial: cuando esta se produce, el displacer cesa, y cesa, por tanto, con él, la vivencia de caos.

Con su presencia todo es placer. Tal es el contenido psíquico esencial de esa *vivencia de satisfacción* para la que corresponde bien la idea de un yo-placer originario que lo contiene *todo*, cuando *todo* se confunde con todo lo bueno, dado que lo malo, lo displacentero, ha desaparecido. Momentáneamente, desde luego, pero eso no afecta a la vivencia misma, dado que el individuo que la experimenta carece todavía de la menor conciencia del tiempo.

9. El sentimiento oceánico

Tal es el origen de la idea de totalidad indiferenciada en la que Freud ve el motivo del *sentimiento oceánico* por el que Rolland le ha preguntado.

Por tanto, nuestro sentimiento yoico de hoy es solo un comprimido resto de un sentimiento más abarcador —que lo abrazaba todo, en verdad—, que correspondía a una atadura más íntima del yo con el mundo circundante. Si nos es lícito suponer que ese sentimiento yoico primario se ha conservado, en mayor o menor medida, en la vida anímica de muchos seres humanos, acompañaría, a modo de un correspondiente, al sentimiento yoico de la madurez, más estrecho y de más nítido deslinde. Si tal fuera,



los contenidos de representación adecuados a él serían, justamente, los de la ilimitación y la atadura con el Todo, esos mismos con que mi amigo ilustra el sentimiento *oceánico* (Freud, 1986b, pp. 68-69).

Y así, finalmente, descarta que tal *sentimiento oceánico* pueda encontrarse en el origen de la experiencia religiosa:

De este modo, el papel del sentimiento oceánico, que —cabe conjeturar— aspiraría a restablecer el narcisismo irrestricto, es esforzado a salirse del primer plano. Con claros perfiles, solo hasta el sentimiento del desvalimiento infantil uno puede rastrear el origen de la actitud religiosa. Acaso detrás se esconda todavía algo, mas, por ahora lo envuelve la niebla (Freud, 1986b, p. 73).

Pero es bien evidente que cuando lo hace está concibiendo la vivencia religiosa sobre el molde judeocristiano. Es más que probable que hubiera llegado a revisar esta afirmación si hubiera atendido a las formas de religiosidad más arcaicas, ligadas a divinidades maternas anteriores a la aparición del dios patriarcal (González Requena, 2023). Lo que nos interesa retener aquí, en cualquier caso, es la asociación directa de la vivencia de satisfacción primaria con el *narcisismo irrestricto*, es decir, con el narcisismo primario.

10. Hay yo, pero todavía no objeto

Así pues, antes de que pueda aparecer algo homologable con lo que entendemos como el yo adulto, algo que se percibe netamente diferenciado del mundo que lo rodea y de los objetos que contiene, Freud presupone dos fases previas del mayor interés.

La primera sería, una fase pre-yoica, anterior a la aparición del yo, en la que el lactante no podría diferenciarse del mundo exterior.

La segunda, en cambio, sería la de ese yo-placer primitivo que, conformado bajo la batuta del principio del placer, excluye todo lo que le causa dolor, e incorpora —vive como propio— todo lo que le da placer; y, en primer lugar, por tanto, todo lo asociado con la vivencia de satisfacción.

Resulta patente, como ya hemos señalado, su conformación oral: se constituye, digámoslo así, por la vía de la absorción. Empezando, obviamente, por lo que le da más placer: el seno materno.

Pero he aquí el asunto fundamental: aunque ya hay yo, para ese primitivo yo-placer el seno materno no es su objeto, sino parte esencial de sí mismo. De modo que, debemos deducir, no hay, para él, objeto. Pero sí existe, en cambio, lo otro del afuera, ahí donde es localizado, cualquiera que sea su origen, lo *malo*.

11. La imagen asociada a la vivencia de satisfacción: la imago primordial

Y bien, si retornamos la idea que ya hemos visto claramente establecida en *La interpretación de los sueños* de una *imagen* asociada a la *vivencia de satisfacción*, solo tenemos que dar un paso más para deducir que esa es la imagen en la que el yo-placer se reconoce.



La primera imagen. Para diferenciarla en su estatuto psíquico de la mayor parte de las otras imágenes, sería conveniente identificarla como *imago*. La primera imago.

Pero es obligado añadir de inmediato que, siendo una imago, no es una reductible al campo visual. Pues todos los otros sentidos —sabor, olor, tacto, oído— participan de ella en una suerte de sinestesia generalizada.

Ahora bien, ¿cuál es su perímetro visual? ¿El seno materno? Siendo este fundamental en su configuración inicial —su buque insignia, podríamos decir—, parece obligado reparar, a partir de los estudios de René Spitz (1979), que el suyo es un perímetro más amplio. Spitz rodó imágenes de bebés mamando que acreditaban sin dejar lugar a dudas que mientras mama, el neonato no solo bebe la leche, huele el cuerpo materno, siente su calor y escucha su sonido, sino que, también, fija su mirada en el rostro de la madre.

De modo que el rostro de la madre da forma visual a esa imago y, por ello, parece inapropiado referirse a ella como *imago del seno materno*. Por otra parte, porque todavía no existe para el niño la madre como un objeto diferenciado, resulta igualmente inapropiado hablar de *imago materna*. Si esa madre a la que mira —oye, toca, huele, saborea— no es para él un objeto diferenciado, si es parte de él mismo, entonces, cuando la mira, es a sí mismo a quien ve, oye, toca, huele y saborea.

Pensamos por eso más apropiado referirnos a ella como la *imago primordial*. De hecho, cuando lo hacemos, retomamos una expresión de Freud, aun cuando esta haya aparecido en un texto no ligado a la metapsicología del yo —*Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*—, donde habla de *la imagen materna del tiempo primordial* (Freud, 1986i).



12. Autoerotismo, narcisismo primario, omnipotencia

Con respecto a ella encuentra todo su sentido hablar, como Freud hace, de *autoerotismo*, modo de erotismo propio del narcisismo primario. Y, simultáneamente, de omnipotencia. Pues cuando la imago primordial emerge del caos del fondo, todo —en el sentido de todo lo bueno— se realiza en su presencia, a la vez que desaparece todo lo malo, expulsado a un exterior que, con su presencia, resulta invisibilizado. De ahí que la madre —hasta que, en la fase edípica, sea degradada de esa posición por el padre— constituirá, en tanto soporte de la imago primordial, la referencia de la omnipotencia: la de la potencia que lo puede dar todo, tanto como lo puede quitar todo.

Tal es la primera imago —la primera forma— en la que el yo, todavía yo-placer, se reconoce.

Podríamos decir por eso que la imago primordial constituye la primera identificación, o mejor, la identificación más primaria.

13. El fondo y la psicología de la Gestalt

Ahora bien, si este yo primitivo se conforma en la imago primordial como totalidad de lo que le da placer, ¿qué sucede con lo otro, con lo que es no-yo, allí donde se expulsa todo lo que está del lado del displacer, es decir, del dolor?

Resulta sencillo explicarlo incorporando ese término de la psicología de la Gestalt que, sin embargo, en esta tiene solo un papel desiderativo —lo otro de la buena forma—, quedando así desatendida su potencia ontológica: nos referimos al fondo. A ese fondo que, precisamente, deja de verse cuando se contempla la buena forma. Así, cuando la imago primordial está presente, cuando el régimen del todo del placer reina, lo otro, sencillamente, se invisibiliza y, subjetivamente, desaparece. Aunque es más sencillo y preciso decir que esa figura absoluta, absolutamente brillante, con su presencia, tapa el fondo.

El del narcisismo primario es, en este sentido, el periodo de la plétora máxima de la figura. El de la plenitud de la buena forma.

14. La primera imagen de sí. *La ventana indiscreta*

Encontramos una expresiva figuración de este proceso en unas imágenes de *La ventana indiscreta*, la película de Alfred Hitchcock de 1954:



Figura 1.



En el comienzo hay una imago primordial en la que el recién nacido, antes de poseer conciencia de su singularidad, de su yo separado, reconoce la primera forma.



Figura 2.



Figura 3.



Figura 4.

Y esta, en tanto esta, lo recubre con su presencia, le da forma.



Figura 5.



Figura 6.

De modo que el yo se ve en ella y, así, nace identificándose en su imago, pues esa primera buena forma apacigua y expulsa el caos que le es dado vivir cuando ella no está presente.

Insistamos en que su dialéctica no es la del yo y el objeto, pues no hay objeto todavía, sino solo el yo —la presencia de la imago primordial, sea real o alucinada— y el caos del fondo, la ausencia absoluta de forma.

Así pues, la imago primordial se nos presenta como la forma absoluta en la que el ser obtiene la primera imagen de sí como imagen plena, plenamente narcisista.⁷ Una imago, por ello mismo, vivida como omnipotente. Y, de hecho, desde el punto de vista del infante, en tanto que se hace cargo de su pulsión, todo lo puede. Por lo demás, nada caracteriza mejor a la fase del narcisismo primario como, precisamente, esa ausencia de objeto.

15. Todo o nada, 1 / 0

En ausencia de la mujer que soporta con su presencia la imago primordial, el bebé puede retener esa imago —y con ella su propio yo— por vía de la alucinación de su presencia, tal es lo que sucede cuando el bebé prolonga su dormir chupándose el dedo.

Cuando esa ausencia se prolonga en exceso, el yo-placer, sencillamente, se extingue, se desintegra, sometido a la vivencia desintegradora del fondo. Reina, para él, el caos.

De ahí que la cadencia en la reaparición de la madre resulte vital para la supervivencia del niño, no solo en lo que se refiere a su alimento, sino también a la consolidación de su yo, bajo la forma del yo-placer.

Y por cierto sí sería posible ver en ese caos del no-yo, de la ausencia de la imago primordial, una referencia para el 0, si es que aceptamos que la nada que el cero parece designar no es que contenga nada —idea en exceso abstracta— sino que, por el contrario, lo contiene todo, pero desintegrado.

De la dialéctica de esa cadencia podría deducirse esa oposición lógica que es la del *bit*, es decir, de la unidad computacional: 1 / 0. Presencia / ausencia —el *fort / da* freudiano (Freud, 1986f, p. 188).

16. Identificación *en* / identificación *con*

Utilizar la expresión *imago primordial* evita incurrir en la confusión que tiende a producirse cuando Freud utiliza la expresión *objeto* en ámbitos en los que no existe todavía el *objeto psíquico* —que es siempre un *objeto investido o contrainvestido*—, es decir, definido como tal en términos de deseo. Pues tal es, ciertamente, uno de los conceptos mayores del pensamiento de Freud. Por eso, cuando utiliza la palabra *objeto*, es necesario diferenciar uno u otro uso. En el primer caso, no se trata de ese concepto teórico, sino solo del uso funcional que reconoce a un objeto empírico existente, así en enunciados como *El primer objeto erótico del*

7/ Evidentemente, todo lo propuesto en este trabajo obliga a descartar la afirmación de Jacques Lacan según la cual el yo nacería en la llamada —y posterior— fase del espejo (Lacan, 1972).

niño es el pecho materno nutricio; este objeto empírico no puede ser confundido con el objeto psíquico, pues este solo existe cuando es percibido como diferenciado del yo.

Son dos cosas del todo diferentes esa *imago* conformadora del *yo-placer* y el *objeto de deseo* que solo aparecerá después, cuando se inicie el proceso de *hallazgo del objeto* que pone fin a la fase del *narcisismo primario*.

Por eso, hablar de *imago primordial* evita hablar de *objeto*, como hace Freud en esos casos en los que, en rigor, este no ha aparecido, pues lo que se designa como tal es todavía vivido como (la) parte fundamental (configuradora) del yo.

Y así podemos por eso hablar, a propósito de esa primera *incorporación-identificación-introyección*, la de la *identificación narcisista*, no ya de una identificación *con* la imago de la madre, sino de una identificación *en* la imago primordial, pues, aunque realmente sea la madre quien la sustenta, esta no existe todavía para el yo como un objeto separado.

El cambio en la preposición —*en*, en lugar de *con*— permite, de un solo golpe, diferenciar esa identificación primera, narcisista, de todas las otras que vendrán después y que serán ya identificaciones *con*. Pues ciertamente es muy diferente decir: *identificación del yo con la imagen de la madre*, donde el yo y la madre comparecen como figuras diferenciadas, que decir: *la identificación del yo en la imago primordial* (que la madre sustenta).

En este segundo caso no hay diferenciación alguna: el primer yo, el yo-placer, se configura ahí, en esa imago. De modo que ya hay *yo* —*el yo-placer*—, pero no hay todavía *objeto*. La aparición del objeto supondrá la salida del narcisismo primario. Lo que permite dar una definición más sencilla de este —del narcisismo primario— como una fase sin objeto. Idea que, en nuestra opinión, tuvo todo el tiempo Freud en la punta de la lengua, pero que no llegó a escribir nunca. Sí lo hizo, en cambio, Karl Abraham (1994), quien, en una fecha tan temprana como 1908, llegó a afirmar que en la etapa del narcisismo primario «el niño no conoce aún un objeto sexual pues solo se acepta a sí mismo. En el periodo posterior del desarrollo, se vuelve hacia el amor objetal [...]» (p. 352).

Y lo hizo seis años antes de que Freud escribiera *Introducción al narcisismo*.

17. Libido narcisista y libido de objeto. El enamoramiento

Si la imago primordial es la única imago que conoce el bebé, es necesariamente en ella donde se ve, donde encuentra la primera forma en la que puede identificarse, y óigase aquí esta palabra en su sentido más literal.

Tal es propiamente la identificación originaria en la imago primordial, realizada, muy precisamente, por la vía de la *incorporación*.

Lo que permite, a su vez, resolver toda duda sobre la diferencia entre la libido narcisista y la libido de objeto sobre la que Freud (1986d) no llegó a pronunciarse. Es en su origen, ciertamente, una única libido, libido narcisista ligada en la imago primordial, con independencia de que más tarde, en la medida en que aparezca el objeto, deba bifurcarse, cobrando en una de esas dos bifurcaciones en carácter de libido de objeto.

Lo que se manifiesta especialmente bien en el enamoramiento, estado psíquico que puede ser entendido, precisamente, como uno de reviviscencia de la imago primordial. De ahí



esa confusión con el otro que es el efecto, precisamente, del cese de la distinción entre el yo y el otro.

18. Principio de realidad y mundo exterior: lengua materna

Lo que permite, por otra parte, dar un sentido concreto a aquella afirmación final de Freud según la cual *originariamente el yo[-placer] lo contiene todo; más tarde segrega de sí un mundo exterior*.

Este mundo exterior más tarde segregado ya no es necesariamente el del displacer y, en cualquier caso, si se dan las condiciones suficientes, no es un mundo caótico. Bien por el contrario: es la *realidad* lo que en él se segrega, lo que pasa por la asunción de la diferencia entre el yo y la madre, la mujer que ha soportado la imago primordial originaria. El resto de los primeros objetos, esos que han de poblar la primera realidad del niño, son los que ella ha introducido y a los que ha provisto de nombre y que, en esa medida, están cargados por su halo —el halo de la imago primordial—. Esto es lo que da su sentido a la expresión *lengua materna*.

19. La imago primordial: fundamento de lo imaginario. El deseo y la belleza



La imago primordial se nos descubre, así, como el fundamento mismo de lo imaginario: la primera buena imagen, la imagen del brillo del deseo y de la belleza.

Nada como el rostro de la madre, tal y como se ofrece a la mirada del niño cuando mama, reúne mejor los atributos de la buena forma, pues es la primera forma, la que está asociada a la vivencia originaria del placer.

Es este el momento oportuno para recupera el fragmento final de una cita que ya presentamos:

Este primer objeto se completa luego en la persona de la madre, quien no solo nutre, sino también cuida, y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras. En el cuidado del cuerpo, ella deviene la primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la significatividad única de la madre, que es incomparable y se fija inmutable para toda la vida, como el primero y más intenso objeto de amor, como arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor... en ambos sexos. (Freud, 1976a, p. 188).

Ese primer *objeto* no es, insistamos en ello, en rigor, un objeto. Conviene mejor retomar la otra expresión que Freud utiliza: la de arquetipo. *Arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor*, es decir, arquetipo de todos los posteriores objetos de deseo.

Es pues el deseo lo que le falta a la buena forma gestáltica para constituirse en fundamento de la belleza.

20. El privilegio del círculo

Volvamos aquí:



Figura 6.

Ciertamente ella *deviene la primera seductora del niño*.

En ello reside el principal poder de la mujer frente al varón: su mirada suscita en él la memoria de las primeras miradas, propiamente hechizantes, que recibiera de su madre cuando mamaba de su pecho. Y es así, por cierto, como las mujeres enamoran: hechizan a los varones mirán道les a los ojos. Con independencia de su argumentación, tenía razón después de todo Kant cuando asociaba lo bello con lo femenino.

Concluiremos este trabajo dando, todavía, un paso más.

Sabemos que la buena forma más simple y más pregnante es el círculo.



Figura 7.

Y bien, el círculo está ahí desde el principio, en el eje de la identificación primaria, narcisista, en la imago primordial.

El que el círculo sea la mejor Gestalt, la más sencilla y completa de las buenas formas, no tiene que ver solo, y no tanto, con la forma esférica del seno materno, sino, sobre todo, con eso que, en la naturaleza, más se aproxima al círculo perfecto: el iris del ojo.

21. Bibliografía

- Abraham, K. (1994). *Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz en psicoanálisis clínico*, traductor: Daniel Ricardo Wagner, Lumen, Buenos Aires, 1994, p. 352.
- Freud, S. (1976). *Esquema del psicoanálisis*. En *Obras completas*, vol. XXIII (pp. 133-210). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Freud, S. Freud, S. (1978). *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras completas*, vol. VII (pp. 109-224). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). *La interpretación de los sueños*. En *Obras completas*, vols. IV y V (pp. 1-612). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986a). *Duelo y melancolía*. En *Obras completas*, vol. XIV (pp. 235-256). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986b). *El malestar en la cultura*. En Freud, S. (1986) *Obras completas*, vol. XXI (pp. 65-140). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986c). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, en *Obras completas*, vol. XII (pp. 217-232). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986d). *Introducción al narcisismo*. En *Obras completas*, vol. XIV (pp. 57-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986e). *La negación*. En *Obras completas*, vol. XIX (pp. 249-258). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986f). *Más allá del principio de placer*. En *Obras completas*, vol. XVIII (pp. 7-62). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, traducción de José L. Etcheverry.
- Freud, S. (1986g). *Proyecto de psicología*. En *Obras completas*, vol. I (pp. 323-446). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, traducción de José Luis Etcheverry.
- Freud, S. (1986h). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. En *Obras completas*, vol. XII (pp. 1-76). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1986i). *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*. En *Obras completas*, vol. XIX (pp. 267-276). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *El Yo y el Ello*. En *Obras completas*, vol. XIX (pp.1-66). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- González Requena, J. (2023). *La Esfinge, Freud, la escena primaria y la castración*, en *Trama y Fondo* n.º 54, Madrid.
- Lacan, J. (1972). *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. México D. F., México: *Escritos* 1.
- Nietzsche, F. (1980). *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, vol. XI, Múnich, Alemania: W. de Gruyter.
- Spitz, R. (1979). *El primer año de vida del niño*. Buenos Aires, Argentina: FCE.

